

ESCUPIRÉ SOBRE  
VUESTRA TUMBA

BORIS VIAN

ESCUPIRÉ SOBRE  
VUESTRA TUMBA



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *J'irai cracher sur vos tombes*

Diseño de la sobrecubierta: Iborra

Primera edición: junio de 1992  
Quinta reimpresión: julio de 2004

© Traducción: Jordi Martí Garcés

© Ursula Vian y Christian Bourgois, 1973

© Edhasa, 1992

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Paraguay, 824, 6º Piso

1057 Buenos Aires

Tel. (11) 43 130 716

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 84-350-1588-2

Depósito legal: B. 28.284-2004

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Romanyà/Valls, S.A.  
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

Impreso en España

ESCUPIRÉ SOBRE  
VUESTRA TUMBA

## PREFACIO

Hacia julio de 1946, Jean d'Halluin conoció a Sullivan, en una especie de reunión franco-americana. Dos días más tarde, Sullivan le entregaba su manuscrito.

En el entretanto, le contó que se consideraba más negro que blanco, pese a haber cruzado la frontera; como se sabe, varios millares de «negros» (considerados como tales por la ley) desaparecen todos los años de las listas de empadronamiento y se pasan al otro bando; su preferencia por los negros le inspiraba a Sullivan una especie de desprecio por los «buenos negros», por aquellos a los que los blancos, en las novelas, daban palmaditas cariñosas en la espalda. Opinaba que era posible imaginar, e incluso encontrar en la vida real, a negros tan «duros» como los blancos. Es lo que, por su parte, había intentado demostrar en la breve novela cuyos derechos exclusivos de publicación adquirió Jean d'Halluin tan pronto como se enteró, por su amigo, de su existencia. Sullivan no tenía el menor inconveniente en dejar su manuscrito en Francia, ya que los contactos que había establecido

con diversos editores americanos le acababan de demostrar la futilidad de cualquier intento de publicar en su país.

Aquí, nuestros moralistas de siempre reprocharán a algunas de las páginas de esta obra su... realismo un poco subido de tono. A este respecto, nos parece interesante señalar las diferencias de fondo existentes entre tales páginas y las narraciones de Miller: mientras éste no vacila nunca en echar mano al vocabulario más crudo, la intención de Sullivan parece ser más bien la de sugerir por medio de giros y construcciones que la de recurrir a un lenguaje descarnado; visto así, se acerca a una tradición erótica más latina.

Por otra parte, es fácil advertir en las páginas siguientes la influencia extremadamente clara de Cain (aunque el autor no intente justificar, mediante artificio alguno, manuscrito o de otro tipo, el empleo de la primera persona, cuya necesidad proclama el citado escritor en el curioso prólogo a *Three of a kind*, colección de tres novelas cortas reunidas recientemente en América en un solo volumen y traducidas aquí por Sabine Berritz), y también la de los más modernos cultivadores de la literatura de horror, como Chase. En este aspecto, hay que reconocer que Sullivan se muestra mucho más sádico que sus ilustres predecesores; no es de extrañar que su obra haya sido rechazada en América: la habrían prohibido, sin nin-

guna duda, al día siguiente de su publicación. En cuanto al fondo propiamente dicho de la obra, es una manifestación de un afán de venganza en una raza que, digan lo que digan, vive aún escarnecida y aterrorizada; es algo así como un intento de exorcizar el poder de los «verdaderos» blancos –intento comparable al de los hombres del Neolítico que pintaban bisontes heridos por las flechas para atraer a las presas a la trampa–, llevado a cabo con un desprecio más que considerable por la verosimilitud, y no exento de alguna que otra concesión al gusto del público.

Y es que ¡ay!, América, la tierra de Jauja, es también la tierra de elección de los puritanos, de los alcohólicos y del métetelo-bien-en-la-cabeza: y mientras en Francia nos esforzamos por lograr una mayor originalidad, al otro lado del Atlántico nadie siente el menor remordimiento por explotar sin escrúpulos una fórmula que ha dado ya probados resultados. A fe mía, es una manera como otra de dar el pego...

BORIS VIAN

VERNON SULLIVAN\*

ESCUPIRÉ SOBRE  
VUESTRA TUMBA

\* *Escupiré sobre vuestra tumba* fue editada inicialmente bajo la firma de Vernon Sullivan, un supuesto negro estadounidense, y prologado por Boris Vian, su verdadero autor.



## CAPÍTULO I

Nadie me conocía en Buckton. Clem había elegido la ciudad por esta razón; y por otra parte, aunque me hubiera rajado, no me quedaba gasolina para seguir más al norte. Apenas cinco litros. Aparte de mi dólar, todo lo que tenía era la carta de Clem. De mi maleta más vale ni hablar. Por lo que había en ella. Lo olvidaba: en el maletero del coche tenía el pequeño revólver del chico, un miserable 6,35 de ocasión; estaba aún en su bolsillo cuando el sheriff vino a decirnos que nos lleváramos el cadáver a casa para enterrarlo. Debo decir que confiaba más en la carta de Clem que en todo lo demás. Tenía que funcionar, tenía que funcionar a la fuerza. Miraba mis manos sobre el volante, los dedos, las uñas. Realmente, nadie podía tener nada que objetar. Por ese lado, ningún peligro. Quizá llegara a arreglármelas...

Mi hermano Tom había conocido a Clem en la universidad. Clem no se comportaba con él como los demás estudiantes. Le dirigía gustoso la palabra; bebían juntos, salían juntos en el Caddy de Clem.

Gracias a Clem, los demás toleraban a Tom. Cuando Clem se marchó para sustituir a su padre en la dirección de la fábrica, Tom tuvo que irse también. Volvió a casa. Había aprendido mucho, y consiguió sin ninguna dificultad un puesto de profesor en la escuela nueva. Y luego la historia del chico lo mandó todo al carajo. Yo era lo bastante hipócrita como para no decir nada, pero el chico no. No veía nada malo en ello. El padre y el hermano de la chica se encargaron de él.

Esto explica la carta de mi hermano a Clem. Yo no podía quedarme en el pueblo, y mi hermano le pedía a Clem que me encontrara algo. No muy lejos, para que pudiéramos vernos de vez en cuando, pero sí lo bastante como para que nadie nos reconociera. Tom pensaba que, con mi aspecto y mi carácter, no corríamos ningún peligro. Quizá llevara razón, pero yo de todos modos me acordaba del chico.

Encargado de una librería en Buckton: éste era mi nuevo trabajo. Tenía que ponerme en contacto con mi predecesor y estar al corriente de todo al cabo de tres días. El antiguo encargado pasaba a ocupar un cargo más importante y no estaba muy dispuesto a volver la vista atrás.

Hacía sol. La calle se llamaba ahora Pearl Harbour Street. Probablemente Clem no lo sabía. El antiguo nombre se leía aún en las placas. Vi la tien-

da en el 270 y detuve el Nash frente a la puerta. El encargado, sentado detrás de la caja, pasaba unas cifras a un libro de cuentas; era un hombre de mediana edad, duros ojos azules y pálidos cabellos rubios, por lo que pude ver al abrir la puerta. Le di los buenos días.

—Buenos días. ¿Qué desea?

—Tengo esta carta para usted.

—¡Ah! Es a usted a quien tengo que poner al corriente. Déjeme ver la carta.

La cogió, la leyó, le dio la vuelta y me la devolvió.

—No tiene ninguna complicación —explicó—. Éste es el stock —señaló a su alrededor—. Las cuentas las habré terminado esta noche. En cuanto a las ventas, la publicidad y demás, siga las indicaciones de los inspectores y de los papeles que vaya recibiendo.

—¿Es una cadena?

—Sí. Sucursales.

—Ajá —asentí—. ¿Qué es lo que más se vende?

—¡Oh! Novelas. Novelas malas, pero eso no es asunto nuestro. Libros religiosos, bastante, y también libros de texto. Libro infantil, poco, igual que los libros serios. Es un campo al que nunca he prestado atención.

—Así que para usted los libros religiosos no son serios.

Se pasó la lengua por los labios.

—No me haga decir lo que no he dicho.

Me reí de buena gana.

—No se lo tome a mal, yo tampoco soy muy creyente.

—Pues le voy a dar un consejo: no deje que la gente se dé cuenta, y vaya todos los domingos a escuchar al pastor, porque de lo contrario en pocos días se encontrará usted en la calle.

—Bien, qué le vamos a hacer —le dije—: iremos a escuchar el sermón.

—Tenga —me dijo, tendiéndome una hoja de papel—. Verifíquelo. Es la contabilidad del mes pasado. Es muy sencillo. Los libros los traen de la central. Todo lo que usted tiene que hacer es llevar cuenta de las entradas y las salidas, por triplicado. Pasan a recoger el dinero cada quince días. A usted le pagarán con un cheque, con un pequeño porcentaje.

—Déme esto —le dije.

Cogí la hoja y me senté en un mostrador bajo, cubierto de libros que los clientes habían sacado de las estanterías. Seguramente no había tenido tiempo de devolverlos a su sitio.

—¿Qué se puede hacer en una ciudad como ésta? —pregunté, reanudando la conversación.

—Nada —me contestó—. Hay chicas en el drugstore de enfrente, y bourbon en el bar de Ricardo, a dos manzanas de aquí.

No era desagradable, pese a su brusquedad.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Cinco años —respondió—. Y me quedan cinco más.

—¿Y después, qué?

—Es usted curioso, ¿eh?

—Culpa suya. ¿Por qué me cuenta que le quedan cinco años? Yo no se lo he preguntado.

Suavizó el rictus de su boca, y se formaron arrugas en torno a sus ojos.

—Tiene usted razón. Pues mire, otros cinco años y me retiro de este trabajo.

—¿Y a qué se va a dedicar?

—A escribir —me dijo—. A escribir best-sellers. Sólo best-sellers. Novelas históricas, novelas en las que los negros se acuesten con las blancas y no los linchen, novelas en las que jovencitas puras logren crecer inmaculadas en medio de toda la podredumbre de los suburbios.

Soltó una risita irónica.

—¡Best-sellers, hombre! Y luego novelas increíbles audaces y originales. En este país es fácil ser audaz: no hay más que decir lo que todo el mundo puede ver si se esfuerza un poco.

—Lo conseguiré —le dije.

—Claro que lo conseguiré. Ya tengo seis a punto.

—¿Y nunca ha intentado colocarlas?

—No soy ni amigo ni amante de ningún editor, y no tengo dinero para invertir.

—¿Y entonces?

—Entonces, dentro de cinco años tendré dinero suficiente.

—Estoy seguro de que va usted a conseguirlo —concluí.

Durante los dos días siguientes no me faltó trabajo, a pesar de que llevar la tienda era realmente sencillo. Hubo que poner al día las listas de pedidos, y además, Hansen —así se llamaba el encargado— me estuvo proporcionando información sobre los clientes, un cierto número de los cuales pasaba con regularidad a verle para hablar de literatura. Todo lo que sabían se reducía a lo que hubieran podido leer en el *Saturday Review* o en la página literaria del periódico local, que tenía un tiraje nada despreciable de sesenta mil ejemplares. Por el momento, me contentaba con escuchar sus discusiones con Hansen, e intentaba retener sus nombres y recordar sus caras, ya que, en una librería más que en otro negocio, lo realmente interesante es poder llamar al comprador por su nombre desde el momento en que pone los pies en la tienda.

En cuanto al alojamiento, me puse pronto de acuerdo con Hansen. Me quedaría con las dos habitaciones que él ocupaba en el piso de encima del drugstore, al otro lado de la calle. Mientras, me adelantó unos pocos dólares para que pudiera alojarme tres días en el hotel, y tuvo la atención de invitarme a compartir con él dos de cada tres comidas, evitan-

do así que mi deuda aumentara. Era un tipo simpático. Me fastidiaba su historia esa de los best-sellers; un best-seller no se escribe así como así, aunque se tenga dinero. Quizá tuviera talento. Eso esperaba, por su bien.

Al tercer día me llevó al bar de Ricardo a tomar un trago antes de comer. Eran las doce, él tenía que marcharse por la tarde.

Sería la última vez que íbamos a comer juntos. Luego, me quedaría solo frente a los clientes, frente a la ciudad. Tenía que aguantar. Para empezar, aquel golpe de suerte de encontrar a Hansen. Con mi dólar, habría tenido que dedicarme a vender baratijas para poder sobrevivir durante los tres días, y gracias a él me encontraba ahora a cubierto. Volvía a empezar con buen pie.

El bar de Ricardo era un bar como todos, limpio y feo. Olía a cebolla frita y a buñuelos. Un tipo cualquiera leía el periódico distraídamente detrás de la barra.

—¿Qué les pongo? —preguntó.

—Dos bourbons —pidió Hansen, interrogándome con la mirada.

Asentí.

El camarero nos los sirvió en vaso largo, con hielo y pajita.

—Lo tomo siempre así —me explicó Hansen—. Pero no se sienta obligado.

—Está bien —le tranquilicé.

Quien no haya bebido nunca bourbon helado con pajita no puede imaginarse el efecto que hace. Es como un chorro de fuego que llega hasta el paladar. Fuego dulce, terrible.

—¡Excelente! —aprobé.

Mis ojos tropezaron con mi cara reflejada en un espejo. Parecía completamente ido. Llevaba algún tiempo sin beber. Hansen se echó a reír.

—No se preocupe —me dijo—. Por desgracia, uno se acostumbra en seguida. En fin... —prosiguió—, tendré que poner al corriente de mis manías al camarero del próximo bar al que vaya a abrevarme...

—Siento que se vaya —dije yo.

Se rió.

—Si me quedara, usted no estaría aquí... No —prosiguió—, es mejor que me vaya. ¡Cinco años y basta, qué caramba!

Apuró el vaso de un solo trago y pidió otro.

—Se acostumbrará usted en seguida. —Me miraba de arriba abajo—. Es usted simpático. Pero hay algo raro en usted. Su voz.

Sonreí sin contestar. Era un tipo infernal.

—Tiene usted una voz demasiado plena. ¿Es usted cantante, por casualidad?

—¡Oh! A veces canto, para distraerme.

Ahora ya no cantaba. Antes sí, antes de que ocurriera lo del chico. Cantaba y me acompañaba a la



guitarra. Pero ya no me apetecía tocar la guitarra. Cantaba los blues de Handy y viejas canciones de Nueva Orleans, y otras que componía yo con la guitarra. Pero ya no me apetecía tocar la guitarra. Necesitaba dinero. Mucho dinero. Para conseguir todo lo demás.

—No habrá mujer que se le resista, con esta voz —dijo Hansen.

Me encogí de hombros.

—¿No le interesa?

Me dio una palmada en la espalda.

—Dése una vuelta por el drugstore. Las encontrará a todas allí. Tienen un club en esta ciudad. Un club de *bobby-soxers*. Ya sabe, de esas niñas que llevan calcetines colorados y jerseys a rayas, y que escriben a Frankie Sinatra. Su cuartel general es el drugstore. ¿No ha visto aún a ninguna? No, claro, se ha quedado usted casi todos los días en la tienda.

Yo también pedí otro bourbon. Circulaba a toda marcha por mis brazos, mis piernas, por todo mi cuerpo. En mi pueblo no teníamos *bobby-soxers*. No las iba a despreciar. Chiquillas de quince o dieciséis años, de pechos bien puntiagudos bajo jerseys ceñidos, lo hacen a propósito, las muy zorras, de sobra lo saben. Y los calcetines. Calcetines de vivo color verde o amarillo, bien estirados dentro de zapatos sin tacón; y faldas anchas, rodillas redondeadas; y siempre sentadas por el suelo, las piernas bien abier-

tas, sobre sus braguitas blancas. Sí, me apetecían las bobby-soxers.

Hansen me miraba.

—Y a todas les va la marcha —me dijo—. Tampoco se arriesga gran cosa. Conocen muchos lugares adonde llevarle a uno.

—No me tome por un cerdo —dije.

—¡Oh, no! —se explicó—. Quiero decir que le lleven a uno a bailar y a beber.

Sonrió. Sin duda, mi interés era evidente.

—Son divertidas —prosiguió—. Vendrán a verle a la tienda.

—¿Qué pueden querer de allí?

—Compran fotos de actores, y, como quien no quiere la cosa, todos los libros de psicoanálisis. Libros de medicina, quiero decir. Todas estudian medicina.

—Bueno —mascullé—. Ya veremos...

Esta vez logré fingir indiferencia, porque Hansen se puso a hablar de otra cosa. Y luego comimos, y se marchó hacia las dos. Yo me quedé solo frente a la tienda.

## CAPÍTULO II

Empecé a aburrirme cuando llevaba allí unos quince días. En todo ese tiempo, no me moví de la tienda. Las ventas iban bien. Los libros tenían buena salida; y en cuanto a la publicidad, me lo daban todo hecho. Cada semana la central me mandaba junto con el paquete de libros en depósito, unos cuantos folletos y despleables, para que los colocara en las estanterías bajo el libro correspondiente o en un lugar bien visible. En la mayoría de los casos, con leer la reseña del libro y abrirlo por cuatro o cinco páginas distintas ya me hacía una idea más que suficiente de su contenido; más que suficiente, en cualquier caso, para poder dar una respuesta satisfactoria al desgraciado que se dejara convencer por los reclamos al uso: la cubierta ilustrada, el folleto y la foto del autor con la breve noticia biográfica. Los libros son muy caros, y todos esos artificios tienen una finalidad muy concreta; demuestran, además, que la gente no siente ningún interés por comprar buena literatura; el libro que quieren leer es el que recomienda su club, el libro del que se habla, y su contenido les importa un bledo.

De algunos títulos recibía un montón de ejemplares, con una nota recomendándome que los colocara en el escaparate, e impresos para distribuir. Dejaba una pila junto a la caja, y metía uno en cada paquete de libros. La gente no rehúsa nunca los impresos en papel couché, y las pocas frases que en ellos figuraban eran precisamente el tipo de cuento que había que contar a la clientela de una ciudad como aquélla. La central utilizaba este sistema para los libros más o menos escandalosos, y la misma tarde ya habían volado todos los ejemplares.

En realidad, no me aburría del todo. Lo que ocurría es que la rutina de la tienda me resultaba demasiado fácil, y me quedaba tiempo para pensar en lo demás. Que era lo que me ponía nervioso. Todo me iba demasiado bien.

Hacía buen tiempo. Estaba terminando el verano. La ciudad olía a polvo. A la orilla del río, se estaba fresquito bajo los árboles. No había salido aún desde mi llegada, y no conocía nada del campo, de las afueras de la ciudad. Necesitaba cambiar un poco de aires. Pero sentía también una necesidad mucho más acuciante, que me atormentaba. Me hacían falta mujeres.

Aquella tarde, a las cinco, al bajar la persiana metálica, no me quedé dentro trabajando como de costumbre a la luz de los fluorescentes. Cogí el sombrero y, con la chaqueta colgada del brazo, me fui

directamente al drugstore de enfrente. Yo vivía justamente encima. En el drugstore había tres clientes. Un chico de unos quince años y dos chicas de la misma edad, más o menos. Me miraron con aire ausente y volvieron a sumirse en la contemplación de sus vasos de leche helada. La mera visión de este brebaje estuvo a punto de matarme. Afortunadamente llevaba el antídoto en el bolsillo de mi chaqueta.

Me senté a la barra, a un taburete de distancia de la mayor de las dos chicas. La camarera, una morena bastante fea, alzó ligeramente la cabeza al verme.

—¿Qué tiene usted sin leche? —le pregunté.

—¿Limonada? —me propuso—. ¿*Grapefruit*? ¿Tomate? ¿Coca-Cola?

—*Grapefruit* —dije yo—. No me llene mucho el vaso.

Busqué en mi chaqueta y destapé mi petaca.

—Alcohol aquí, no —protestó débilmente la camarera.

—No se preocupe. Es mi medicamento —me reí—. No tema por su licencia...

Le di un dólar. Había recibido mi cheque por la mañana. Noventa dólares por semana. Clem tenía amigos que valían la pena. La camarera me devolvió el cambio y le dejé una buena propina.

No es que sea nada del otro jueves el *grapefruit* con bourbon, pero de todos modos es mejor que el

grapefruit solo. Me sentía mejor. Todo iba a salir bien. Los tres chavales me miraban. Para esos mocosos, un tipo de veintiséis años es ya un viejo; sonreí a la muchachita rubia; llevaba un jersey azul celeste con rayas blancas, sin cuello, con las mangas dobladas hasta el codo, y pequeños calcetines blancos metidos en zapatos de suela de crepé. Era simpática. Muy formada para su edad. Al tacto debía de ser tan firme como las ciruelas bien maduras. No llevaba sostén, y los pezones se dibujaban a través de la lana. Me devolvió la sonrisa.

—Hace calor, ¿eh? —tanteé.

—De muerte —contestó, desperezándose.

En los sobacos se le veían dos manchas de humedad. Eso me produjo no sé qué efecto. Me levanté e introduje una moneda de cinco centavos en la ranura de la máquina de discos.

—¿Le quedan ánimos para bailar? —le pregunté, acercándome a ella.

—¡Oh! ¡Me va a matar! —dijo ella.

Se pegó tanto a mí que se me cortó el aliento. Olía a bebé limpio. Era delgada, podía llegar a su hombro derecho con mi mano derecha. Alcé el brazo y deslicé los dedos justo debajo de su pecho. Los otros dos nos miraron y decidieron imitarnos. Era un estribillo. *Shoo Fly Pie*, por Dinah Shore. La chica lo iba tarareando mientras bailaba. La camarera, al vernos bailar, había levantado la nariz de su

revista, pero al poco rato volvió a sumergirse en ella.

No llevaba nada debajo del jersey. Se notaba en seguida. Menos mal que el disco terminó, porque dos minutos más y yo habría dejado de estar presentable. Me soltó, volvió a su asiento y me miró.

—No baila usted mal, para ser un adulto... —me dijo.

—Me enseñó mi abuelo —respondí.

—Se nota —se burló—. Pero por cinco centavos no se puede pedir mucho ritmo...

—De *jive* seguramente puede darme lecciones, pero yo puedo enseñarle otras cosas.

Entornó los ojos.

—¿Cosas de persona mayor?

—Depende de las dotes que usted tenga.

—Sí, ya le veo venir...

—Qué va a verme venir. ¿Alguien tiene una guitarra?

—¿Toca usted la guitarra? —preguntó el chico.

Parecía despertarse, de repente.

—Toco un poco la guitarra —dije.

—Y también canta, entonces —dijo la otra chica.

—Un poco...

—Tiene la voz de Cab Calloway —se mofó la primera.

Parecía molesta de ver que los demás me hablaban. Me dispuse a tranquilizarla.

—Lléveme a donde pueda encontrar una guitarra y le enseñaré lo que sé hacer. No es que quiera hacerme pasar por W.-C. Handy, pero puedo tocar un blues.

Sostuvo mi mirada.

—Bueno —dijo—, vayamos a casa de B. J.

—El chico de la guitarra, ¿no?

—No. La chica de la guitarra. Se llama Betty Jane.

—Podía haber sido Baruch junior —bromeé.

—¡Claro! Vive aquí. Venga.

—¿Vamos ahora mismo? —preguntó el chico.

—¿Por qué no? —repliqué—. La niña necesita que le pongan las peras a cuarto.

—O.K. —dijo el chico—. Me llamo Dick. Y ella Jicky.

Señalaba a la chica con la que yo había bailado.

—Y yo me llamo Judy —dijo la otra.

—Yo Lee Anderson —me presenté—. Trabajo en la librería de enfrente.

—Ya lo sabemos —dijo Jicky—. Hace quince días que lo sabemos.

—¿Tanto os interesa?

—Claro —dijo Judy—. Hay escasez de hombres en la ciudad.

Salimos los cuatro. Dick a regañadientes. Parecían bastante excitados. Y me quedaba bourbon suficiente para excitarlos algo más cuando hiciera falta.

—Os sigo —les dije, una vez fuera.



El *roadster* de Dick, un Chrysler modelo antiguo, esperaba a la puerta. Colocó a las dos chicas delante, y yo me las apañé por el asiento trasero.

—¿A qué os dedicáis en la vida civil, jovencitos? —pregunté.

El coche arrancó bruscamente y Jicky se arrodilló sobre el asiento, volviéndose hacia mí para con-  
testarme.

—Trabajamos...

—¿Estudios...? —sugerí.

—Y otras cosas...

—Si te pasaras aquí detrás —dije levantando un poco la voz para vencer el ruido del viento—, podríamos hablar más cómodamente.

—Nones —murmuró.

Entornó otra vez los ojos. Debía de haber aprendido el truco en alguna película.

—No tienes ganas de comprometerte, ¿eh?

—Está bien —concedió.

La agarré por los hombros y la hice saltar por encima de la separación.

—¡Eh! ¡Vosotros! —dijo Judy volviéndose—. Tenéis una manera de hablar un tanto especial.

Yo estaba ocupado haciendo pasar a Jicky a mi izquierda, y me las ingeniaba para cogerla por los lugares apropiados. No me iba del todo mal. Parecía hacerse cargo de la broma. La senté en el asiento de cuero y le pasé el brazo por el cuello.

—Y ahora, quieta —le dije—. O te voy a dar una tunda.

—¿Qué llevas en esa botella? —preguntó.

Yo tenía la chaqueta encima de las rodillas. Ella deslizó la mano por debajo, y no sé si lo hizo a propósito, pero si fue así, tenía una puntería endiablada.

—No te muevas —le dije retirando su mano—. Ya te sirvo yo.

Desenrosqué el tapón niquelado y le pasé la petaca. Se tomó un buen trago.

—¡No te lo termines! —protestó Dick.

Nos estaba vigilando por el retrovisor.

—Pásame un poco, Lee, viejo caimán...

—No te preocupes, tengo más.

Sostuvo el volante con una sola mano y agitó la otra en nuestra dirección.

—¡Déjate de bromas! —reconvino Judy—. No sea que nos estrellemos contra el decorado...

—Tú eres el cerebro de la banda, ¿no? —aventuré—. ¿No pierdes nunca la sangre fría?

—¡Nunca! —respondió.

Agarró la petaca al vuelo en el momento en que Dick iba a devolvérmela. Cuando me la entregó, estaba vacía.

—¿Qué tal? —le dije, en tono aprobador—. ¿Estás mejor?

—Psé... no es gran cosa... —comentó Judy.

Sus ojos estaban empañados de lágrimas, pero había encajado el golpe. Su voz sonaba algo estrangulada.

—Con todo ese cuento —dijo Jicky—, yo me he quedado sin nada.

—Vamos a buscar más —propuse—. Vamos por la guitarra y luego volvemos a donde Ricardo.

—Eres un tipo con suerte —dijo el chico—. A nosotros nadie nos quiere vender.

—¿Veis lo que os pasa por parecer tan jóvenes? —dije yo, burlándome de ellos.

—No tan jóvenes como eso —gruñó Jicky.

Empezó a agitarse, hasta colocarse de manera tal que yo con sólo cerrar los dedos ya tenía en qué ocuparme. De pronto, el coche se detuvo y dejé colgar mi mano, negligentemente, a lo largo de su brazo.

—Vuelvo en seguida —anunció Dick.

Salió del coche y echó a correr hacia la casa, que parecía obra del mismo constructor que las que la rodeaban. Dick volvió a aparecer en el porche. Llevaba una guitarra en un estuche barnizado. Cerró de golpe la puerta tras él y, en dos brincos, se plantó junto al coche.

—B. J. no está —anunció—. ¿Qué hacemos?

—Ya se la devolveremos —dije—. Sube. Vamos donde Ricardo, a que me llene el depósito.

—Vas a tener buena reputación, como sigas así —observó Judy.

—¡Oh! —la tranquilicé—. Se darán cuenta en seguida de que habéis sido vosotros los que me habéis arrastrado a vuestras sucias orgías.

Hicimos el mismo trayecto en dirección contraria, pero la guitarra me molestaba. Le dije al chico que se detuviera a cierta distancia del bar y bajé a repostar. Compré otra botella más, y volví con el grupo. Dick y Judy, de rodillas en el asiento delantero, discutían enérgicamente con la rubia.

—¿Qué te parece, Lee? —dijo el chico—. ¿Vamos a bañarnos?

—De acuerdo —respondí—. Tendréis que prestarme un bañador. No he traído nada...

—No te preocupes. Ya nos arreglaremos.

Puso el motor en marcha y salimos de la ciudad. Al poco rato, tomó un atajo, apenas lo bastante ancho para el Chrysler, y en pésimo estado de conservación. En realidad, de conservación nada.

—Tenemos un lugar fantástico para bañarnos —me aseguró—. No hay nunca nadie. Y un agua...

—¿Hay truchas en el río?

—Sí. Y gravilla y arena blanca. Y nunca va nadie. Somos los únicos que pasamos por este camino.

—Se nota —dije al tiempo que me agarraba la mandíbula, a punto de desencajarse a cada sacudida—. En vez de coche tendrías que llevar un bulldozer.

—Es parte del juego —me explicó—. Así la gente no viene a meter sus sucias narices por estos barrios.

Aceleró y yo encomendé mis huesos al Creador. El camino describió un brusco desvío, y terminó ciento cincuenta metros más adelante. No había más que arbustos. El Chrysler se detuvo en seco al pie de un corpulento arce y Dick y Judy saltaron a tierra. Yo bajé antes que Jicky y la agarré al vuelo. Dick había cogido la guitarra e iba el primero. Le seguí, animoso. Había un estrecho paso bajo las ramas y se descubría de golpe el río, fresco y transparente como un vaso de gin. El sol estaba bajo, pero hacía aún un calor intenso. Una parte del agua se estremecía a la sombra; la otra reverberaba débilmente a los rayos oblicuos del sol. Una hierba espesa, seca y polvorienta, descendía hasta el agua.

—No está nada mal el rincón —concedí—. ¿Lo habéis encontrado solitos?

—No somos tontos del todo —dijo Jicky.

Y me lanzó un gran terrón de tierra seca, que me alcanzó en el cuello.

—O te portas bien —la amenacé—, o se acabó lo que se daba.

Di unos golpecitos al bolsillo de mi chaqueta para acentuar el efecto de mis palabras.

—¡Oh! No se enfade usted, viejo cantor de blues —se excusó—. Demuéstrenos más bien lo que sabe usted hacer.

—¿Y mi bañador? —le pregunté a Dick.

—Qué más da —me replicó—. No hay nadie.

Me volví. Judy ya se había sacado el suéter. Evidentemente, no llevaba gran cosa debajo. Su falda se deslizó a lo largo de sus piernas, y, en un abrir y cerrar de ojos, hizo volar por los aires zapatos y calcetines. Se tendió en la hierba completamente desnuda. Debí poner cara de estúpido, porque se rió de mí con tantas ganas que estuve a punto de no poder contenerme. Dick y Jicky, en el mismo atenido, se dejaron caer a su lado. Para colmo del ridículo, era yo el que parecía turbado. Observé, sin embargo, la delgadez del chico, cuyas costillas se marcaban bajo su piel bronceada.

—Está bien —dije por fin—, no veo por qué tendría que hacerme el estrecho.

Me tomé mi tiempo con toda la intención. Sé lo que valgo en pelotas, y os aseguro que tuvieron ocasión de darse cuenta mientras me desnudaba. Hice crujir mis costillas desperezándome con fuerza, y me senté junto a ellos. No me había recuperado aún de mis escaramuzas con Jicky, pero no hice nada para disimularlo. Supongo que esperaban que me rajara.

Empuñé la guitarra. Era una excelente Ediphone. Pero no es muy cómodo tocar sentado en el suelo, así que le dije a Dick:

—¿Te importa que me traiga el asiento del coche?

—Voy contigo —dijo Jicky.

Y se escabulló como una anguila por entre las ramas.

Me hizo un curioso efecto, ver aquel cuerpo de adolescente, bajo aquella cabeza de starlette, rodeado por las sombras de los arbustos. Dejé la guitarra y la seguí. Me llevaba ventaja, y cuando llegué al coche, ella ya volvía cargada con el pesado asiento de cuero.

—¡Dame eso! —le dije.

—¡Déjame tranquila, Tarzán! —gritó.

Hice caso omiso de sus protestas, y la agarré por detrás con brutalidad. Soltó el asiento y se dejó hacer. Yo me habría tirado hasta una mona. Debió de darse cuenta, porque empezó a revolverse con todas sus fuerzas. Me eché a reír. Me gustaba. Allí la hierba era alta, y mullida como una colchoneta hinchable. Se deslizó al suelo y yo la seguí. Luchábamos como salvajes. Estaba bronceada hasta la punta de los senos, sin esas marcas de sostén que tanto afean a las mujeres desnudas. Y tersa como un albaricoque, desnuda como una niña, pero cuando conseguí tenerla debajo de mí, me di cuenta de que sabía mucho más que una niña. Hacía meses que no me daban una demostración tal de técnica. Mis dedos sentían su espalda, lisa y luego cóncava, y, más abajo, sus nalgas, firmes como sandías. No duró ni diez minutos. Simuló que se dormía, y en el momento en que yo me disponía a emplearme a fondo, me abandonó como a un fardo y huyó delante de mí, hacia el río. Recogí el asiento y corrí tras ella. Al borde del agua, tomó impulso, y se zambulló sin salpicaduras.

—¿Ya os estáis bañando?

Era la voz de Judy. Tendida de espaldas, cubriéndose la cara con las manos, mascaba una ramita de sauce. Dick, abandonado a su lado, le acariciaba los muslos. Había una botella tirada por el suelo. Judy advirtió mi mirada.

—Sí..., está vacía... —se rió—. Os hemos dejado la otra.

Jicky chapoteaba, al otro lado del agua. Busqué en mi chaqueta y cogí la otra botella, y luego me zambullí. El agua estaba tibia. Me sentía maravillosamente en forma. Me lancé en un sprint mortal y alcancé a Jicky en el centro del río. Había unos dos metros de fondo y una corriente casi inapreciable.

—¿Tienes sed? —le pregunté, batiendo el agua con una sola mano para mantenerme a flote.

—¡Y qué lo digas! —me aseguró—. Me has destrozado, con tus modos de campeón de rodeo.

—Ven —le dije—. Haz el muerto.

Se dejó ir sobre la espalda, y yo me deslicé bajo ella, con un brazo a través de su torso. Le tendí la botella con la otra mano. Cuando fue a cogerla, dejé que mis dedos se deslizaran a lo largo de sus muslos. Separé suavemente sus piernas y la tomé, otra vez, en el agua. Se abandonaba encima de mí. Estábamos casi de pie, y nos movíamos lo justo para no irnos a pique.